

to», como el mismo Miguel de Cervantes le preconiza.

No condenó Cervantes los buenos libros de caballerías. No sólo ensalza el *Amadís*, sino más ensalza aún, si cabe, á *Tirante el blanco* y á *Palmerín de Inglaterra*. Lo que Cervantes condena, lo que es blanco de sus burlas, es la exageración, el amaneramiento, las extravagancias viciosas: casi siempre lo exótico y nunca lo castizo.

Más dignos de elogio que de censura son en verdad el refinado sentir caballeresco, la admiración y devoción respetuosa, y la púdica, continente y platónica ternura con que paladines y trovadores sirven ó se supone que sirven á sus damas. Dante y Petrarca hicieron brotar de este sentir un limpio y abundante venero de pura poesía. Bien merece cualquiera de ellos que le celebremos llamándole:

El que al amor desnudo en Grecia y Roma  
De un velo candidísimo adornando  
Volvió al regazo de la Urania Venus.

Pero este mismo sentir se exageró y vició y acabó por amanerarse. Tal vez no fué *candidísimo velo*, sino pesada y tupida vestidura la que se puso al amor contrahecho, para encubrir sus fealdades con postizos y falsos adornos. Tal vez el menosprecio y poca estimación que á la generalidad de las mujeres se les concedía se quiso compensar con

la adoración sacrílega y mentirosa de alguna singular princesa, de alguna alta y soberana señora.

Corrompido el casto amor cristiano, vino á convertirse con frecuencia en bastardo culto de hiperdulía, el cual, merced á su vehemencia y á sus ímpetus, solía romper todo freno de moralidad y de leyes. Con razón declara, pues, el satírico maldiciente, hablando de las damas así adoradas y servidas, que no gustaba de ellas y que las que él quería que hubiese ó imaginaba que en lo antiguo hubo en su patria eran:

Todas matronas y ninguna dama;  
Que este nombre de halago cortesano  
No admitió lo severo de su fama.

Y aunque el alambicado amor de los trovadores y de los caballeros á sus damas no traspasase los límites de lo lícito, ni tomase trágicas proporciones, siempre solía ser propenso y harto ocasionado á degenerar en cómico y risible. Así lo comprendió Cervantes, y por eso imaginó y creó á Dulcinea.

Habían sobrevenido en el mundo extraordinarios cambios y novedades inauditas, por donde el humano linaje se abrió nuevos caminos y tomó nueva dirección en su marcha. La invención de la pólvora y la de la imprenta, el más claro conocimiento de la antigüedad clásica importado en el occidente de Europa por los sabios griegos fugiti-

tivos de Bizancio, y, sobre todo, el descubrimiento de la total grandeza y redondez de la tierra, de inmensos continentes é islas y de dilatadísimos mares, hizo imaginar á muchos que iba á terminar la edad de la fe y que la edad de la razón empezaba.

Por extraña contradicción del pensamiento humano, cuando en la realidad de los hechos y de las cosas se revelaba un fondo poético más alto y más amplio que todo lo previsto y soñado antes, ese mismo pensamiento humano, deslumbrado, absorto, ciego por el mismo resplandor de cuanto acababa de descubrir y aun no acertaba á comprender, se rebeló contra la poesía, se empeñó en ser demasiado razonable y se aficionó á la prosa más de lo justo. Apenas vió el haz de lo descubierto y no penetró en las profundidades misteriosas que bajo el haz de lo descubierto se ocultaban. El universo, que en nuestra vanidad presuntuosa juzgábamos ya conocido por experiencia, nos pareció más pequeño y menos hermoso que el que imaginábamos ó soñábamos antes en nuestra infantil ignorancia. Las hadas, los encantadores, las ninfas y los genios, todo, por tiránico decreto de la Ciencia, fué expulsado del mundo real. La epopeya, la poesía narrativa como arte, llegó al mismo tiempo á su mayor perfección en la forma, merced á la superior cultura y elegancia que los nuevos idiomas habían alcanzado. De aquí el primoroso floreci-

miento de la poesía artificial narrativa y la decadencia ó más bien la casi imposibilidad de la verdadera epopeya espontánea, sentida y creída hasta en sus recursos y poderes sobrenaturales.

En Italia se trocó en juguete ameno y gracioso toda la *romancería*, con Angélica, Orlando, y Medoro, con el Glorioso Imperante y sus valientes paladines. Todo ello fué menos serio que de chanzas ó de burlas; todo para pasatiempo y no para más altos fines. Los entes sobrehumanos de las antiguas mitologías tuvieron que desvanecerse como ensueños ó como criaturas sin substancia, y sólo persistieron como figuras retóricas, abstracciones, alegoría y símbolos sin vida. Así la *Reina de las hadas*, de Spencer, con todos los seres amigos y enemigos que la circundan, no vienen á ser, á pesar del ingenio poderoso del poeta, sino disfrazadas personificaciones del catolicismo y del protestantismo y de otras ideas, opiniones y conceptos políticos ó religiosos. Se derrochó el saber, el ingenio, el atildamiento y la habilidad primorosa, pero no pudo aparecer ni apareció la epopeya. Solo consiguió suplantarla la historia descarnada y seca, sin milagro de veras creído, sino de algo que naturalmente sucede y que tal vez gustaría ó interesaría más contado en prosa que con el trabajoso artificio de las octavas reales. Y, sin embargo, apenas se concebía entonces nada mejor en lo épico. Bien lo confirma

Cervantes cuando en el donoso escrutinio de la librería, hace decir al cura que la *Araucana* de Ercilla y la *Austriada* de Juan Rufo "son los mejores libros que en verso heroico en lengua castellana están escritos y que pueden competir con los más famosos de Italia".

Lo único que por entonces, á pesar de no pocas deficiencias, se aproxima á la epopeya verdaderamente inspirada, fué las *Lusiadas* de Luis de Camoens. Este gran poeta presintió y adivinó todo el valer, toda la maravillosa transcendencia de las hazañas que portugueses y castellanos habían realizado para magnificar y completar en nuestra mente el concepto de la creación ó de las incomprensibles obras divinas, en todas las cuales está Dios sosteniéndolas con su poder y llenándolas de su gloria.

Fuerza es confesar, no obstante, que, deslumbrado nuestro espíritu por la magnitud de la realidad descubierta, no acertó por lo pronto á penetrar en el centro de ella y á descubrir allí la nueva poesía. Más bien por virtud del prurito razonador propendió el alma humana á desnudar la naturaleza de sobrenaturales prodigios y á no ver en el mundo sino aquello que se nos aparece por observación y experiencia de los sentidos. Esto mismo lo vimos mal. Apenas tuvimos vagar para hacernos cargo de todo. Por la India pasamos con los ojos

cerrados, sin llegar á comprender hasta mucho más tarde su antiquísima civilización, su filosofía y sus ideas religiosas. Al tomar posesión del gran continente americano, formamos sin duda inventario científico de cuanto en él había de su flora y de su fauna, de las razas humanas que le poblaban y hasta de los idiomas que hablaban estas razas, trabajo todo de los españoles, trabajo utilísimo para la ciencia, pero sin la visión sintética, sin aquella más elevada y completa concepción que había de ser ó podía ser núcleo y fecunda semilla de una poesía nueva.

Lo descubierto ó averiguado daba bastante motivo para que las antiguas expediciones civilizadas y triunfantes de Osiris y de Baco, de Salomón y de Hirán, y las conquistas de Alejandro y de Trajano se tuviesen en poco, y para que el poeta pudiese decir, sin pecar de arrogante y presuntuoso:

*Cesse tudo o que a musa antiga canta.*

*Que outro valor mais alto se alevanta.*

Pero, si hubo bastante motivo y razón para imponer silencio á la antigua musa, faltaron vigor y aliento fatídico para que la musa nueva llegase á cantar con la requerida y condigna resonancia. El prematuro racionalismo tuvo la culpa. Cuanto se decía ó escribía, mejor que en verso estaba en prosa. La prosa más sencilla, la más de buena fe, la que se limitaba á contar lo materialmente visto y

no lo espiritualmente soñado, resultaba más poética que el verso.

La misma Reforma contribuyó, poco más tarde, á desnudar cuanto existe de sobrenaturales encantos, á crear en su idea un dios solitario y adusto escondido en las remotísimas profundidades del cielo, casi sin ángeles, casi sin santos y casi sin la brillante corte celestial de candidas vírgenes y de bellas pecadoras arrepentidas.

La manía de lo experimental, el recto juicio, el método baconiano, el no apreciar sino lo bien observado por los sentidos, hubo de prevalecer así, procurando destruir la poesía como ficción dañosa ó ridícula, á no considerarla como primorosa tarea de mero pasatiempo que divertía ó interesaba, pero que no enseñaba. Lo substancial, lo didáctico, lo concionante se puso en prosa. Los libros científicos del Rey Sabio valen mil veces más que todos sus versos. López de Ayala es ya un grave historiador y sabio político y no un descarnado cronista ó un juglar cantor de gestas. Y la narración fingida en prosa, la novela y el cuento cuyo contenido es una lección moral, política ó religiosa, prevalece y se sobrepone á casi todas las coplas y discreteos sutiles de los Cancioneros.

Desde épocas muy antiguas, desde antes que se formase y puliese el habla castellana, el ingenio español dió brillantes muestras de su rara aptitud

para la narración prosaica. No hubo género de novela ó de cuento que entre nosotros no se cultivase y no diese sazónados frutos. Tofail y Lulio encerraron sus filosofías en novelas. Dechado perfecto del apólogo ejemplar nos dió el infante D. Juan Manuel. Restaurados recuerdos de la soñada edad de oro y de antiquísima poesía que ya pasó, en combinación con sutilezas petrarquistas y platónicas, inspiraron sus novelas pastoriles á Bernardín Ribeiro, á Jorge de Monte Mayor y á Gil Polo. La novela histórica, presentida y en cierto modo realizada con candidez graciosa, nace con Ginés Pérez de Hita y con Antonio de Villegas. Y la realidad vulgar de la vida humana, las costumbres, pasiones y sentimientos de la plebe, sin pesimismo tétrico, con más alegría y con menos coturno que ahora, dan ser á la novela picaresca, en la que se ensaya y sobresale el mismo Cervantes, apercibiéndose y adiestrándose para escribir el *Quijote*.

Lo ideal y lo real á la vez, lo novelesco y lo dramático juntos, lo más trágico y lo más cómico, maravillosamente fundidos en diálogos llenos de verdad y hermosura, producen, por último, *La Celestina*, libro singular, germen rico del teatro y de la fingida narración en prosa de las edades venideras.

Tales eran, en mi sentir, las corrientes del pensamiento cuando Miguel de Cervantes vino al

mundo y dió razón de quién era, así en sus hechos como en sus dichos.

Miguel de Cervantes fué un gran poeta, sin duda. Y no menos que en prosa hubiera sido gran poeta en verso, si las circunstancias no le hubieran sido contrarias. Reflexivamente cedía al espíritu razonador de su época; negaba lo milagroso, poniéndolo en parodia, pero lo amaba con entusiasmo á par que lo negaba y lo parodiaba. Su chistoso y benigno humor pone de manifiesto á cada paso esta inclinación suya, en ninguna parte con mayor claridad y gracia que cuando Don Quijote, en vez de persuadir á Sancho de que era sueño ó embuste el retozo que tuvo en el cielo con las Siete Cabrillas, se allana á creerlo todo, con tal de que Sancho crea cuanto él acertó á ver en la Cueva de Montesinos. Y si hasta para lo absurdo, con tal de que fuese divertido ó poéticamente hermoso, Cervantes propendía á la credulidad y repugnaba el escepticismo, ¿cómo ha podido suponer nadie que Cervantes dudó nunca de la grandeza de su patria, que censuró las doctrinas y principios que informaban la civilización y el gran ser de España en su tiempo, y que lo escarneció todo, empeñándose en reformarlo, ó más bien en trastornarlo, como el más audaz progresista, librepensador y revolucionario de nuestros días?

Aunque en algo hartó menos esencial, arrastrado

por la nueva corriente del pensamiento, Cervantes aparezca á veces como burlándose, ó como censurando instituciones, doctrinas, hechos y cosas que en lo más hondo del alma todos en su tiempo respetaban, yo tengo por cierto que la censura ó la burla de Cervantes no iba ni podía ir sino contra la malicia, contra la flaqueza ó contra la viciosa condición de los hombres, que torcían la rectitud ó maleaban y viciaban la dignidad y la conveniencia de las instituciones, base y sostén entonces del orden establecido. Para suponer además no pocas de esas censuras ó burlas, apenas hay otro fundamento que el capricho de quien las supone. Muy lejos estaba de la intención de Cervantes el ofender á los monjes benitos, haciendo que Don Quijote les diga: *ya os conozco, fementida canalla*; y más lejos aún el burlarse de ciertas ceremonias inquisitoriales en las exequias y resurrección de Alfidora. Si alguna vez Cervantes nos presenta desmandada y pecaminosa á la gente de Iglesia, no es para injuriarla, sino porque la coloca bajo el predicamento de los demás seres humanos, y la sujeta también á sus miserias y debilidades. Así, pongamos por caso, los individuos todos de aquella congregación en la que pudo elegir cierta discreta señora sapientísimos teólogos y predicadores elocuentes, si bien prefirió á un lego sano y robusto.

Al que busca en el *Quijote* una doctrina esotérica de reformador revolucionario, una solapada sátira social y política, algo que propende á socavar las bases de la sociedad en que vivía, á fin de fundar ciudad y modo de ser nuevos, abominando y maldiciendo lo existente, le comparo yo al Rey de Moab cuando encantusó al profeta y le envió á que maldijese á Israel desde la cumbre de la montaña; pero el profeta vió al pueblo de Dios acampado en la llanura, y el espíritu del Altísimo se echó sobre él y llenó su alma, y, en vez de maldecir, entonó un cántico de alabanzas y colmó á Israel de proféticas bendiciones.

Imposible parece que la obcecación de algunos comentadores haya llegado hasta el extremo de convertir en desaforado progresista á un español tan de su época como Cervantes, tan á prueba de desdenes, tan resignado con su pobreza, tan conforme con su condición menesterosa y humilde, tan confiado en la grandeza de su patria, tan entusiasta de sus pasadas glorias y tan seguro de sus altos y futuros destinos.

Todavía me parece más desatinado quien califica á Cervantes, no ya sólo como contrario de su patria, sino como contrario también y desapiadado burlador de creencias llenas de benéfica poesía, calificándolas antes de ilusorias en nombre de una realidad malsana.

Cervantes, en mi sentir, en todo cuanto escribió, y más que nada en el *Quijote*, tuvo tal fe en el ser inmortal y en la omnipresencia de la poesía, que para buscarla y hallarla no acudió á la metafísica, no se elevó, traspasando el tiempo y el espacio, á regiones ultramundanas y etéreas, sino que casi se encerró en los no muy amenos ni pintorescos campos de la Mancha, y encantándolos con su ingenio, y tocando en ellos como con una vara de virtudes, hizo brotar del estéril suelo manantiales poéticos más abundantes y salubres que los de Hipocrene y Castalia.

Cuando lo mejor del mundo era nuestro, cuando unido Portugal á España nuestro imperio se dilataba por el remoto Oriente y nuestro pabellón ondeaba sobre ciudades y fortalezas de la China y de la India, cuando nuestros soldados y nuestros misioneros llevaban la religión, el habla y la cultura de España por mares nunca antes navegados, y así entre naciones y tribus selváticas como por Italia y por Flandes y por otras regiones no menos cultas y adelantadas de Europa, cuando atajábamos el arranque invasor del turco y empujábamos hacia el Norte la herejía luterana, no marchitos aún los laureles de San Quintín y Lepanto, y más engraidos por la gloria que recelosos de vencimiento y de caída, es gran disparate imaginar que se propusiese Cervantes en el *Quijote* reirse de su na-

ción y de los sentimientos y doctrinas que la habían subido á tanta altura y que se propusiese reformarlo y cambiarlo todo. Su benignidad, su indulgencia, el cariño con que mira todo lo español haciendo simpáticos hasta los mismos galeotes, prueban lo muy lejos que estaba Cervantes de tratar mal á nuestros reyes, príncipes y gobernantes, contra los cuales no podían impulsarle ni remota envidia, ni emulación inverosímil desde la insignificante posición en que resignado y conforme él se veía. Y no digamos que esta resignación y esta conformidad hicieron abyectos á los españoles de entonces, incapaces para el adelanto y para las mejoras é indignos del imperio. No digamos, como dice Quintana, cediendo á flamantes preocupaciones y haciéndose eco de forasteras y liberalescas calumnias, que el despotismo fanático puso en el español corazón de esclavo, degradándole y despojándole así del imperio del mundo. En ningún personaje del *Quijote*, representación fiel de los hombres y de la vida de España en aquella edad, se advierte el menor rastro, el más leve signo de sumisión servil, de vileza ó de mansedumbre extrema. Nótase, por el contrario, á par de la subordinación y el respeto á la autoridad fundada por Dios y por ministerio del pueblo á quien Dios inspira, el amor de la igualdad, el más soberbio espíritu democrático y la independencia más briosa, la

cual raya á menudo en menosprecio, cuando no de la autoridad misma, de sus inferiores agentes ó ministros. Don Quijote llama á los cuadrilleros "ladrones en cuadrilla", y no sólo desafía y provoca á la Santa Hermandad, sino á Cástor y Pólux, á los Macabeos y á todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Sus fueros son sus bríos; sus pragmáticas su voluntad. Y no es sólo el caballero andante quien por serlo se considera campando por sus respetos, horro de toda servidumbre y sin miedo ni sujeción á nadie, sino que también la gente menuda y plebeya tiene los mismos humos y gasta los mismos arrestos y bizarrias. Juan Palomeque el zurdo desdeña, con mucho reposo, los ofrecimientos que le hace Don Quijote de vengar sus agravios: "yo no tengo necesidad, le dice, de que vuestra merced me venga ningún agravio; porque yo sé tomar la venganza que me parece". Y los pelaires de Segovia y la demás gente maleante y juguetona que mantearon á Sancho tienen también tan en poco como Juan Palomeque el poder vengador de Don Quijote. No consintieron en que se atrancase la puerta de la venta para repararse contra él, ni lo hubieran consentido aunque en vez de Don Quijote hubieran venido á castigarlos todos los héroes de la Tabla Redonda y el propio Rey Arturo.

¿Qué corazón de esclavo hay en el valiente, ge-

neroso y terrible Roque Guinart ó en la gallarda, celosa y vehemente Claudia Jerónima, enamorada matadora de Vicente Torrellas? Si pecan por algo los personajes del *Quijote*, no es por lo sumisos, sino por lo desaforados. Y esto no se opone ciertamente á la cortesía, á la bondad y á la cultura. ¿Con qué frança y cordialísima hospitalidad no reciben, agasajan y regalan al caballero andante y á su leal escudero, ya los duques en su castillo, ya Camacho el rico, ya Basilio y Quiteria, ya Don Diego de Miranda, ya Don Antonio Moreno, ya las zagalas y los pastores cortesanos de la fingida Arcadia, y ya los mismos rústicos cabreros que hospedan en su choza al amo y al criado, que comparten con ellos su cena frugal y que oyen respetuosos y embelesados el hermoso discurso que Don Quijote pronuncia, inspirado por el puño de bellotas que tiene en la mano, y que retrae vivamente á su imaginación la soñada edad de oro, la cual en aquel momento más nos parece realizada que soñada?

Ni rustiqueza, ni grosería, ni amilanamiento se advierten en las personas y en la sociedad que en el *Quijote* se describen, sino el gran ser y la energía de una nación que vive aún en el mayor auge de su poder y más confiada en su duración que recelosa de su decadencia.

No es abatida resignación, sino conformidad ale-

gre, activa y sana la que Cervantes se complace en describirnos. Llega á la aldea el pintor de mala mano: el Ayuntamiento le encarga pintar las armas y él no acierta á pintar tanta baratija, pero, en vez de desesperarse, se conforma con su mala ventura, toma el azadón y se vá al campo á cavar como un gentilhombre. Por la libertad debemos exponernos á los mayores peligros y aventurar la vida; pero si la libertad no se logra, no debemos caer en inactiva postración y en melancolía inútil, sino sacar ventaja hasta del cautiverio y de la mala suerte. No se desespera Ginés de Pasamonte por que le llevan á *gurapas*, sino que se consuela, al ir á ellas, con el alegre propósito y con la risueña esperanza de que allí ha de tener vagar para seguir escribiendo la historia de su vida, que ha de superar en amenidad y en enseñanza á la de Lazarillo de Tormes, ó á la más divertida de todas las novelas picarescas.

El sufrimiento es una virtud cuando no nace de menosprecio de la ley moral ó de la poca cuenta que de la honra se tiene; y de este sufrimiento sin mácula estaban mejor dotados los españoles de entonces que los de ahora. La gracia, el chiste, la risa benévola que no lastima ni hunde á quien la provoca, era y es remedio y panacea de los pesares. Risa tal, apenas se da hoy, Cervantes la tenía como precioso don del cielo. Hoy la seriedad nos abru-

ma. Se diría que hemos nacido para llorar y no para reír. Un poeta contemporáneo asegura que nos ponemos feos riendo y que llorando estamos muy guapos:

El rostro que nos dió naturaleza,  
Nuestro destino avisa;  
En la aflicción, vestido de nobleza,  
Y disforme en la risa.

Yo, no obstante, me atrevo á entenderlo al revés de como lo entiende este poeta. Nada más propio que la risa del noble ser racional y humano. Los animales se afligen y se lamentan, pero nunca ríen. La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses, y en la tierra privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reír con suavidad y dulzura. Este es el mayor y más misterioso encanto del libro del *Quijote*. No se concibe tal risa sin la debida conformidad con Dios y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó, son buenas, como el mismo Dios dijo al crearlas. A nada conduce el ser quejumbroso y maldiciente. No por el ansia furiosa de trastornar y destruir, sino conservando y mejorando con lentitud y perseverancia, es como el progreso se consigue. Empecatada filosofía de la historia es, á mi ver, la que supone que la humanidad no adelanta sin aborrecer lo presente y sin

procurar derribarlo, con violentos trastornos, lucha y ruinas. Tan absurdo me parece considerar que fuera indispensable requisito, para que fuese España la primera nación del mundo, el expulsar, expilar y quemar á unos cuantos millares de judíos y de herejes, como el entender que convenía pasar por el trance de la Reforma con su recrudescencia de fanatismo, con sus guerras civiles é internacionales, con sus matanzas y suplicios, para alcanzar al cabo la libertad de conciencia, ó como el imaginar que el más próspero estado y la mayor cultura de la Europa de nuestros días, aun suponiendo que no es problemático todo ello, se deben á la sangrienta revolución francesa y al más sangriento fruto que dió de sí; al déspota que, sin más alto propósito que su ambición y su capricho, llenó durante años á Europa de estragos y muerte para dejarlo todo al fin como antes estaba.

Como quiera que sea, aunque siendo verídica tal filosofía de la historia, aun siendo fatal ó providencialmente ineludible que haya violentas revoluciones para que adelante la humanidad, yo no noto el menor indicio de que Cervantes las prepare ó las anuncie, ni puedo tampoco fundar en tan imaginaria preparación la más mínima parte de la gloria de nuestro admirable novelista. Lejos de castigar él con suaves burlas y benigna risa nada de cuanto en España se veneraba, sólo castigó, venciend-

do el afecto que le movía á amarlo, lo ya condenado y castigado por nuestras leyes y por nuestros más castizos ortodoxos, teólogos y moralistas: por Luis Vives, Benito Arias Montano, Melchor Cano, Alejo de Venegas y Fray Luis de Granada.

No todo cuanto Cervantes vió y experimentó durante su agitada y trabajosa vida podía causarle contento ni inspirarle alabanzas, pero su invencible alegría se sobrepuso á todo. En nada vió lo feo, sino lo moral y noblemente hermoso. No ya Lucinda, Dorotea, la inocente y amorosa Doña Clara y Ana Félix la morisca, sino hasta la Tolosa, la Molinera y la desdichada Maritornes tienen algo que, como criaturas de Dios, las dignifica y hermosea, vedando el desprecio y moviendo á compasión respetuosa el sello divino del Hacedor en el alma humana indeleblemente estampado. La fuerza mágica del estilo de Cervantes, más que en acumular tesoros poéticos, se muestra en el hacer surgir la poesía de la misma realidad desnuda y pobre. El amor con que Cervantes pinta y representa esta realidad, la ilustra con vivos y gratos resplandores.

Cuando Cervantes dice: "en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme", entienden no pocos comentadores que Cervantes tenía muy desagradables recuerdos de dicho lugar y que deseaba tomar venganza de los malos tratos que en él le dieron; pero los comentadores se quie-

bran de puro sùtiles ó bien la venganza de Cervantes fué generosa y en extremo dulce. Alonso Quijano el bueno, salvo su graciosa locura, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía. Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el Bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie. La vida del lugar es tan grata que, en vez de desear nadie olvidarse hasta de su nombre, siente el prurito de ir á pasar en él una temporada, entreteniéndose en sabrosas pláticas y en saludables paseos con los personajes ya nombrados, ó yendo al arroyo donde, nueva Nausicáa, lavaba la ropa Sanchica, cuando acertó á llegar el paje con la carta de la Duquesa, el vestido verde de cazador y la bonita sarta de perlas.

Todavía hay otro comentario ó interpretación insufrible y arbitraria á todas luces: interpretación ofensiva y calumniosa para Sancho Panza, sin el más leve y razonable fundamento. ¿Cómo suponer que Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho gracioso, Sancho que sigue á su amo, no por las esperanzas de la Insula, sino porque le ama y le respeta, aun cuando duda de su cabal juicio, y porque sólo la pala y el azadón pueden apartarle de él;

cómo suponer que Sancho, que monta intrépidamente en Clavileño y traspone al remotísimo reino de Candaya para rapar las barbas de la Trifaldi y de sus compañeras, es un egoísta, codicioso, glotón é interesado? Su inocente malicia, sus gracias y donaires, que le ganan el favor, el cariño y la confianza de la Duquesa, su rectitud y tino en el gobernar mientras le duró el gobierno de la Barataria, el desprendimiento digno de Job con que dejó de ser Gobernador y volvió á ser escudero, todo muestra que el alma de Sancho, tal como Cervantes la ha creado, no es triste y fiel trasunto de la mezquina realidad donde Cervantes arroja y deposita desdeñosamente las impurezas todas. No es Sancho personificación de la realidad grosera, vulgar y egoísta que se contrapone á lo ideal, á lo sublime, hasta rayar en locura, que llena el alma de Don Quijote, haciéndola merecedora de respeto y de admiración aun en medio de sus mayores extravíos. Sancho, en suma, no es contraposición, sino complemento de Don Quijote. Sancho es el rústico ideal español de aquella época, como Alonso Quijano el bueno es el modelo ideal del hidalgo español de la época misma, sobre todo no bien recobra su cabal juicio, poco antes de su tranquila y cristiana muerte. Alonso Quijano no la teme, ni la desea, porque ama la vida, porque el ansia de goces y de venturas, superiores acaso á nuestra

condición y á nuestros merecimientos, no le acibara ó emponzoña lo presente con el anhelo atormentador de un porvenir soñado. Ni á la prolongación de los tiempos, durante la vida terrestre del linaje humano, ni fuera de esta vida, á más altas y ultramundanas esferas, acude Cervantes para consuelo de nuestras cuitas, para compensación de nuestros infortunios y para justificación de la Providencia divina. Y no porque Cervantes carezca de esperanza, sino porque su felicidad no la exige, sino porque dice como el poeta místico:

Aunque no hubiera cielo yo te amara.

Para saciar su sed de bienaventuranza no es menester una eternidad; un leve momento le basta, si humildemente se conforma con la voluntad de Dios, á quien ama y adora. La paz de la conciencia, la dulce satisfacción del deber cumplido, valen y duran tanto para un corazón humano como la más perdurable gloria. No necesita acudir Dios á sobrenaturales recursos para la paga de nuestras buenas acciones. Hermosamente lo expresa Don Quijote al terminar los preceptos y reglas que da á Sancho para adorno y salud de su alma: "Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luenagos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos,